

con nuestro entendimiento entonces, y él por sí, y sin medio de otra tercera imagen, estará junto á la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere del, esto es, con el mismo él, así y de la misma manera como le conociere. Y por esto dice san Juan en el libro del *Apocalipsi* (a) que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas y les borrará de la memoria los duelos pasados, les dará á cada uno una pedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual solo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados; que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dice san Juan, y el nombre con que entonces nombraremos á Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios, el cual, como dice san Pablo (b), «será en todos todas las cosas.» Así que, en el cielo, donde veremos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre mas que del mismo Dios; mas en esta oscuridad, adonde, con tenerle en casa, no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algun nombre. Y no se le pusimos nosotros, sino él por su grande piedad se le puso luego que vió la causa y la necesidad.

»En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Santo que consiguió el santo Moisés (c) acerca desto, en el libro de la creación de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creación, y habiendo escrito todas las obras della, y habiendo nombrado en ellas á Dios muchas veces, hasta que hubo criado al hombre (y Moisés lo escribió), nunca le nombró con este su nombre; como dando á entender que antes de aquel punto no había necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nacido el hombre, que le podía entender, y no le podría ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenía ordenado de hacerse hombre despues, luego que salió á luz el hombre quiso humanarse nombrándose.

»Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfeccion infinita, y habiendo de ser el nombre imagen de lo que nombra, cómo se podía entender que una palabra limitada alcanzase á ser imagen de lo que no tiene limitacion; algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo y que suena en nuestros oídos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprendible que nace y vive en su seno; así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero, como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios, ó que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, ó nombre que abraza y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser pro-

(a) Apoc., 2, v. 17. (b) 1. Ad Corint., 13, v. 28. (c) Genes. 2.

prio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que declare, de las cosas que son propias, aquellas de quien se dice alguna dellas; mas, si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y así á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un entero que le iguale, como tampoco le podemos entender como quien él es entera y perfectamente; porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así, no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

»Y porque ya nos vamos acercando á lo propio de nuestro propósito y á lo que Sabino leyó del papel, esta es la causa por qué á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios y de los mas bienes que nacen del y se derraman sobre nosotros. Los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabrasola. Y como el que infunde agua en algun vaso de cuello largo y estrecho, la envia poco á poco, y no toda de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos presenta así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciendonos unas veces algo della debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo; porque le llama Leon, y Cordero, y Puerta, y Camino, y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Cara suya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad; y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos, escogió solos diez el papel, como mas sustanciales; porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

»Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advertamos primero que, así como Cristo es Dios, así tambien tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad; pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora trataremos en ellos; porque aquellos propiamente pertenecen á los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.» Y Sabino leyó luego.

§. III.

Es llamado Cristo *pimpollo*, y explicase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepcion.

«El primer nombre puesto en castellano se dirá bien *Pimpollo*, que en la lengua original es *Cemach*, y el texto latino de la Sagrada Escritura unas veces lo traslada diciendo *Germen*, y otras diciendo *Oriens*. Así

le llamó el Espíritu Santo en el cap. 4 del profeta Esaias: — En el día el Pimpollo del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado.— Y por Jeremías en el cap. 33: — Y haré que nazca á David Pimpollo de justicia, y haré justicia y razon sobre la tierra.— Y por Zacarías en el cap. 3, consolando al pueblo judaico, recién salido del cautiverio de Babilonia: — Yo haré, dice, venir á mi siervo el Pimpollo.— Y en el cap. 6: — Veis un varon cuyo nombre es Pimpollo.—»

Y llegando aquí Sabino, cesó. Y Marcelo, «Sea, este, dijo, el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razon que sea este el primero; porque en él, como veremos despues, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo y de su nueva y maravillosa generacion, que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

»Pero antes que digamos qué es ser Pimpollo, y que es lo que significa este nombre, y la razon por qué Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divina Escritura, que será ver si los lugares de ella agora alegados hablan propiamente de Cristo; porque algunos, ó infiel ó ignorantemente, nos lo quieren negar. Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, así porque el texto caldaico, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: — En aquel día será el Pimpollo del Señor, — dice él: — En aquel día será el Mesías del Señor; — como tambien porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera; porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pueblo judaico, dando á entender que fué este el Pimpollo del Señor, de quien Esaias dice: — En aquel día el Pimpollo del Señor será en grande alteza, — es hablar sin mirar lo que dicen; porque quien leyere lo que las letras sagradas, en los libros de Neemías y Esdras, cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradiccion, y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Esaias entiende cuando en el lugar alegado dice (a): — En aquel día será el Pimpollo del Señor en grandeza y en gloria. —

»Y cuando la edad de Zorobabel, y el estado de los judios en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el Profeta aquí muestra; porque, ¿qué palabra hay aquí que no haga significacion de un bien divino y rarísimo? Dice del Señor que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quates. Dice: *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el Profeta, y señala el tiempo y el día mismo del Señor, y dice de aquesta manera: — En aquel día. — Mas ¿qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luego antes de aquesto decia (b): — En aquel día quitará al redropelo el

(a) Esai., 4, v. 2. (b) Esai., 3, v. 17.

Señor á las hijas de Sion el chapín que cruje en los piés y los garbines de la cabeza, las lunetas y los collocares, las ajoreas y los rebosos, las botillas y los calzados altos, las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonias, las almalafas, las escarcelas, los volantes y los espejos; y les trocará el ámbar en hediondez, y la cintura rica en andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán á cuchillo. —

»Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalem, con las armas de los romanos, que asolaron la ciudad y pusieron á cuchillo sus ciudadanos y los llevaron cautivos; en ese mismo tiempo el fruto y el Pimpollo del Señor, descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandísima. Porque en la destruicion que hicieron de Jerusalem los caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí della el Profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no hubo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron cautivos á Babilonia ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalem para que labrasen la tierra, porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en medio y en desamparo, como en el libro de Jeremías se lee (c).

»Mas al revés, con aquesta otra caída del pueblo judaico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo, y cayendo Jerusalem, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables habian condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habian procurado escurecer y hundir, comenzó entonces á enviar rayos de sí por el mundo y á mostrarse vivo y Señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con azote gravísimo, y quitando luego el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco á poco su silla, que es el culto de los ídolos, en que la gentilidad le servia, como cuando el sol vence las nubes y las deshace, así él solo y clarísimo relumbró por toda la redondez.

»Y lo que he dicho deste lugar, se ve claramente tambien en el segundo de Jeremías (d), de sus mismas palabras. Porque decirle á David y prometerle que le «naceria ó fruto ó Pimpollo de justicia», era propia señal de que el fruto habia de ser Jesucristo, mayormente añadiendo lo que luego se sigue, y es, que «este fruto haria justicia y razon sobre la tierra»; que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida; y obra que él solo, y ninguno otro, enteramente la hizo. Por donde las mas veces que se hace memoria del en las Escrituras divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola del y como su propio blason. Así se ve en el salmo 71, que dice: — Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo del Rey, para que juzgue á tu pueblo conforme á justicia y los pobres segun fuero. Los montes altos conservarán paz

(c) Jerem., 39 et 52. (d) Jerem., 33, v. 15.

con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho á los pobres del pueblo, y será amparo de los pobrecitos, y hundirá al violento opresor.—»

»Pues en el tercero lugar de Zacarias (a), los mismos hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho abiertamente le entiende y le declara de Cristo. Y asimismo entendemos el cuarto testimonio, que es del mismo profeta (b). Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven á declararle en diferente manera, que es decir luego que «este Pimpollo fructificará despues ó debajo de sí, y que edificará el templo de Dios»; pareciéndoles que esto señala abiertamente á Zorobabel, que edificó el templo y fructificó despues de sí por muchos siglos á Cristo, verdaderísimo fruto. Así que, esto no impide, antes favorece y esfuerza mas nuestro intento. Porque el fructificar debajo de sí, ó, como dice el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es mas. ¿Por ventura no dice él de sí mismo (c):—Yo soy vid, y vosotros sarmientos?—Y en el salmo que agora decía, en el cual todo lo que se dice son propiedades de Cristo, ¿no se dice tambien (d):—Y en sus dias fructificarán los justos?—O, si queremos confesar la verdad, ¿quién jamás en los hombres perdidos engendró hombres santos y justos, ó qué fruto jamás se vió que fuese mas fructuoso que Cristo? Pues eso mismo sin duda es lo que aquí nos dice el Profeta; el cual, porque le puso á Cristo nombre de fruto, y porque dijo, señalándole como á singular fruto:—Veis aquí un varon que es fruto su nombre;— porque no se pensase que se acababa su fruto en él, y que era fruto para sí, y no árbol para dar de sí fruta, añadió luego diciendo:—Y fructificará acerca de sí;— como si con mas palabras dijera:—Yes fruto quedará mucho fruto, porque á la redonda dél, esto es, en él y de él, por todo cuanto se extiende la tierra, nacerán nobles y divinos frutos sin cuento, y aqueste Pimpollo enriquecerá el mundo con pimpollos no vistos.—»

»De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y segun nuestra orden el primero dellos, sin que en ello pueda haber duda ni pleito. Y son como vecinos y deudos suyos otros algunos nombres que tambien se ponen á Cristo en la Santa Escritura; los cuales, aunque en el sonido son diferentes, pero bien mirados, todos se reducen á un intento mismo y convienen en una misma razon; porque si en el cap. 34 de Ezequiel es llamado planta nombrada, y si Esaiás en el cap. 41, le llama unas veces rama, y otra flor, y en el cap. 53, tallo y raíz, todo es decirnos lo que el nombre de Pimpollo ó de fruto nos dice. Lo cual será bien que declaremos ya, pues lo primero, que pertenece á que Cristo se llama así, está suficientemente probado, si no se ofrece otra cosa.»

»Ninguna, dijo al punto Juliano, antes há rato ya que el nombre y esperanza deste fruto ha despertado en nuestro gusto golosina dél.» «Merecedor es de cualquier golosina y deseo, respondió Marcelo, porque es dulcísimo fruto, y no menos provechoso que dulce, si ya no le menoscaba la pobreza de mi lengua é ingenio.

(a) Zachar., 3, v. 8. (b) Zachar., 6, v. 12. (c) Joan., 15, v. 5. (d) Psalm. 71.

Pero ídme respondiendole, Sabino; que lo quiero haber agora con vos. Esta hermosura del cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisible, ¿fué siempre como es agora, ó hízose ella á sí misma, ó Dios la sacó á luz y la hizo?»

«Averiguado es, dijo Sabino, que Dios crió el mundo, con todo lo que hay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino solo con la fuerza de su infinito poder, con que hizo, donde no habia ninguna cosa, salir á luz esta beldad que decís. Mas ¿qué duda hay en esto?» «Ninguna hay, replicó prosiguiendo Marcelo; mas decidme mas adelante, ¿nació esto de Dios, no advirtiendo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia; ó hízolo Dios porque quiso y fué su voluntad libre de hacerlo?» «Tambien es averiguado, respondió luego Sabino, que lo hizo con propósito y libertad.» «Bien decís, dijo Marcelo; y pues conocéis eso, tambien conoceréis que pretendió Dios en ello algun grande fin.» «Sin duda grande, respondió Sabino, porque siempre que se obra con juicio y libertad es á fin de algo que se pretende.» «¿Pretenderia esa manera, dijo Marcelo, Dios en esta su obra algun interés y acrecentamiento suyo?» «En ninguna manera, respondió Sabino.» «¿Por qué?» dijo Marcelo, y Sabino respondió: «Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí puede querer ni esperar para sí algun acrecentamiento ó mejoría.» «Pormanera, dijo Marcelo, que Dios, porque es bien infinito y perfecto, en hacer el mundo no pretendió recibir bien alguno dél, y pretendió algun fin, como está dicho. Luego, si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar; y si no lo crió para añadirse á sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse él á sí, y para repartir en sus criaturas sus bienes.

»Y cierto este solo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad, porque á lo bueno su propia inclinacion le lleva al bien hacer, y cuanto es mas bueno uno, tanto se inclina mas á esto. Pero si el intento de Dios, en la creacion y edificio del mundo, fué hacer bien á lo que criaba, repartiendo en ello sus bienes, ¿qué bienes ó qué comunicacion dellos fué aquella á quien como á blanco enderezó Dios todo el oficio desta obra suya?» «No otros, respondió Sabino, sino esos mismos que dió á las criaturas, así á cada una en particular como á todas juntas en general.» «Bien decís, dijo Marcelo, aunque no habeis respondido á lo que os pregunto.» «¿En qué manera?» respondió. «Porque, dijo Marcelo, como aquestos bienes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es, ¿á qué bien ó á qué grado de bien entre todos enderezó Dios todo su intento principalmente?» «¿Qué grados, respondió Sabino, son esos?» «Muchos son, dijo Marcelo, en sus partes, mas la escuela los suele reducir á tres géneros, á naturaleza y á gracia y á union personal. A la naturaleza pertenecen los bienes con que se nace, á la gracia pertenecen aquellos que despues de nacidos nos añade Dios. El bien de la union personal es haber juntado Dios en Jesucristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que hay.

»Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luce en la criatura es bien que puso en ella Dios, pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser y lo que dello se sigue; y estos decimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella y se nace con ellos, como es el ser y la vida y el entendimiento, y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura ni en la virtud de sus naturales principios para que de ellos naciesen, sino sobrepúsolos él por sí solo á lo natural; y así, no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza, como los primeros, sino movedizos bienes, como son la gracia y la caridad y los demás dones de Dios, y aquestos llamamos bienes sobrenaturales de gracia. Lo segundo, dado, como es verdad, que todo este bien comunicado es una semejanza de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hacer cosa que no le remede, porque en cuanto hace se tiene por dechado á sí mismo; mas aunque esto es así, todavía es muy grande la diferencia que hay en la manera del remedarle. Porque en lo natural remedan las criaturas el ser de Dios, mas en los bienes de gracia remedan el ser y la condicion y el estilo, y como si dijésemos, la vivienda y bienandanza suya; y así, se avecinan y juntan mas á Dios por esta parte las criaturas que la tienen, cuanto es mayor esta semejanza que la semejanza primera; pero en la union personal no remedan ni se parecen á Dios las criaturas, sino vienen á ser el mismo Dios, porque se juntan con él en una misma persona.» Aquí Juliano, atravesándose, dijo:

»¿Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios?» Respondió Marcelo riendo: «Hasta agora no trataba del número, sino trataba del cómo; quiero decir, que no contaba quiénes y cuántas criaturas se juntan con Dios en estas maneras, sino contaba la manera cómo se juntan y le remedan, que es, ó por naturaleza ó por gracia ó por union de persona; que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es que en los bienes de naturaleza todas las criaturas se avecinan á Dios, y solas, y no todas las que tienen entendimiento en los bienes de gracia; y en la union personal sola la humanidad de nuestro redentor Jesucristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la union personal propiamente, en cierta manera tambien, en juntarse Dios con ella, es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo espiritual y lo temporal, que contiene y abraza en sí lo uno y lo otro. Y por ser, como dijeron antiguamente, un meior mundo ó un mundo abreviado.»

«Esperando estoy, dijo Sabino entonces, á qué fin se ordena aqueste vuestro discurso.» «Bien cerca estamos ya dello, respondió Marcelo, porque preguntó: si el fin por qué crió Dios todas las cosas fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicacion acontece en diferentes maneras, como habemos ya visto; y si unas de estas maneras son mas perfectas que otras, ¿no os parece que pide la misma razon que un tan grande artífice, y en una obra tan grande tuviese por fin de toda ella, hacer en ella la mayor y mas

perfecta comunicacion de sí que pudiese?» «Así parece,» dijo Sabino. «Y la mayor, dijo siguiendo Marcelo, así de las hechas como de las que se pueden hacer, es la union personal que se hizo entre el Verbo divino y la naturaleza humana de Cristo, que fué hacerse con el hombre una misma persona.» «No hay duda, respondió Sabino, sino que es la mayor.»

»Luego, añadió Marcelo, necesariamente se sigue que Dios, á fin de hacer esta union bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece y se esconde; que es decir que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo fué por sacar á luz este compuesto de Dios y hombre, ó por mejor decir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesucristo.» «Necesariamente se sigue,» respondió Sabino. «Pues, dijo entonces Marcelo, esto es ser Cristo fruto, y darle la Escritura este nombre á él, es darnos á entender á nosotros que Cristo es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque, así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que dél sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera, estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz, que todo lo alumbraba, redonda y bellísima; la tierra pintada con flores y las aguas pobladas de peces; los animales y los hombres, y este universo todo, cuán grande y cuán hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir á luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto comun y general de todas las cosas.

»Y así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nacido, contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, ó por mejor decir, la árbol todo contiene; así tambien Cristo, para cuyo nacimiento crió primero Dios las raíces firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas despues esta grandeza del mundo con tanta variedad, como si dijésemos de ramas y hojas, lo contiene todo en sí, y lo abarca y se resume en él, y como dice san Pablo (a), se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fruto por excelencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para él; así tambien desto mismo ordenado, podemos, rastreando, entender el valor inestimable que hay en el fruto para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza y hermosura y cualidad de los medios argüerémos la excelencia sin medida del fin.

»Porque si cualquiera que entra en algun palacio ó casa real rica ó suntuosa, y ve primero la fortaleza del muro ancho y torreado, y las muchas órdenes de las ventanas labradas, y las galerías y los chapiteles que deslumbran la vista, y luego entrada alta y adornada con ricas labores, y despues los zaguanes y pa-

(a) Colos., 1, v. 20.

uos grandes y diferentes, y las columnas de mármol, y las largas salas y las recámaras ricas, y la diversidad y muchedumbre y orden de los aposentos, hermosos todos con peregrinas y escogidas pinturas y con el jaspe y pórfito, y el marfil y el oro, que luce por los suelos y paredes y techos; y ve juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven en él, y la disposición y rico aderezo de sus personas, y el orden que cada uno guarda en su ministerio y servicio, y el concierto que todos conservan entre sí; y oye también los menestres y dulzura de música; y mira la hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza de los aparadores, que no tienen precio; luego conoce que es incomparablemente mejor y mayor aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena; así debemos nosotros también entender que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ningún término muy más hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió.

»Y que si es grandísima, como sin ninguna duda lo es, la majestad deste templo universal, que llamamos mundo nosotros, Cristo, para cuyo nacimiento se ordenó desde su principio, y á cuyo servicio se sujetará todo después, y á quien ahora sirve y obedece, y obedecerá para siempre, es incomparablemente grandísimo, gloriosísimo, perfectísimo, más mucho de lo que ninguno puede ni encarecer ni entender. Y finalmente, que es tal, cual, inspirado y alentado por el Espíritu Santo, san Pablo dice, escribiendo á los colosenses (a):—Es imagen de Dios invisible, y él engendrado primero que todas las criaturas. Porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las visibles y las invisibles; así digamos los troncos como las dominaciones, como los principados y potentados, todo por él y para él fué criado; y él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser por él. Y él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y él mismo es el principio y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga las primicias. Porque le plugo al Padre y tuvo por bien que se aposentase en él todo lo sumo y cumplido.—Por manera que Cristo es llamado fruto porque es el fruto del mundo, esto es, porque es el fruto para cuya producción se ordenó y fabricó todo el mundo. Y así Esaías, deseando su nacimiento, y sabiendo que los cielos y la naturaleza toda vivía y tenía ser principalmente, para este parto á toda ella se le pide diciendo (b):—Derramad rocío, cielos, desde vuestras alturas, y vos, nubes, lloviendo enviadnos al Justo, y la tierra se abra y produzga y brote al Salvador.—

»Y no solamente por aquesta razón que habemos dicho, Cristo se llama fruto, sino también porque todo aquello que es verdadero fruto en los hombres, digo fruto que merezca parecer ante Dios y ponerse en el cielo, no sólo nace en ellos por virtud deste fruto, que es Jesucristo, sino en cierta manera también es el mismo Jesús; porque la justicia y santidad que derrama en los ánimos de sus fieles, así ella como los demás bienes y santas obras que nacen della, y que naciendo della, después la acrecientan, no son sino como una imagen y retrato vivo de Jesucristo, y tan vivo, que

(a) Colos., 1, a v. 15. (b) Esai., 45, v. 8.

es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares sagrados adonde nos amonesta san Pablo que nos vistamos de Jesucristo, porque el vivir justa y santamente es imagen de Cristo. Y así por esto, como por el espíritu suyo, que comunica Cristo é infunde en los buenos, cada uno dellos se llama Cristo, y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hacen un mismo Cristo. Así lo testificó san Pablo, diciendo (c):—Todos los que en Cristo os habeis bautizado, os habeis vestido de Jesucristo; que allí no hay judío ni gentil, ni libre ni esclavo, ni hembra ni varón, porque todos sois uno en Jesucristo.—Y en otra parte (d):—Hijos míos, que os engendro otra vez, hasta que Cristo se forme en vosotros.—Y amonestando á los romanos á las buenas obras, les dice y escribe (e):—Desechemos pues las obras oscuras y vistamos armas de luz, y como quien anda de día, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en desordenado sueño y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias y envidias; sino vestíos del Señor Jesucristo.—Y que todos estos Cristos son un Cristo solo, dícelo él mismo á los corintios por estas palabras (f):—Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, así también Cristo.—Donde, como advierte san Agustín (g), no dijo, concluyendo la semejanza, así es Cristo, y sus miembros; sino, así es Cristo; para nos enseñar que Cristo, nuestra cabeza, está en sus miembros, y que los miembros y la cabeza son un solo Cristo, como por aventura diríamos más largamente después. Y lo que decimos ahora, y lo que de todo lo dicho resulta, es conocer cuán merecidamente Cristo se llama fruto, pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres es Cristo y de Cristo, en cuanto nace dél y en cuanto le parece y remeda, así como es dicho. Y pues habemos platicado ya lo que hasta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel.—

«Detenéos, dijo Juliano, alargando contra Sabino la mano, que, si olvidado no estoy, os falta, Marcelo, por descubrir lo que al principio nos propusistes, de lo que toca á la nueva y maravillosa concepción de Cristo, que, como dijistes, este nombre significa.» «Es verdad, é hicistes muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria, respondió al punto Marcelo, y lo que pedis es aquesto. Este nombre, que unas veces llamamos pimpollo y otras veces llamamos fruto, en la palabra original no es fruto como quiera, sino es propiamente el fruto que nace de suyo sin cultura ni industria. En lo cual, al propósito de Jesucristo, á quien ahora se aplica, se nos demuestra dos cosas. La una, que no hubo ni saber ni valor ni merecimiento ni industria en el mundo, que mereciese de Dios que se hiciese hombre, esto es, que produjese este fruto, la otra, que en el vientre purísimo y santísimo de donde aqueste fruto nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin juntarse varón.» Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano, y como acostándose hacia Marcelo, y mirándole con alegre rostro, le dijo:

(c) Galat., 3, v. 27. (d) Galat., 4, v. 19. (e) Roman., 13, v. 12. (f) 1, Ad Corint., 12, v. 12. (g) Aug., enarrat. in psalm. 142.

«Agora me place más el haberos, Marcelo, acordado lo que olvidábades, porque me deleita mucho entender que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra comun Madre y Señora está significado en las letras y profecías antiguas, y la razón lo pedía.

«Porque adonde se dijeron y escribieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era posible que se callase un misterio tan grande. Y si se os ofrecen algunos otros lugares que pertenezcan á esto, que si ofrecerán, mucho holgaría que los dijédeses, si no creéis pesadumbre.» «Ninguna cosa, respondió Marcelo, me puede ser menos pesada que decir algo que pertenezca al loor de mi única abogada y Señora, que aunque lo es generalmente de todos, más átrévome yo á llamarla mía en particular, porque desde mi niñez me ofrecí todo á su amparo. Y no os engañáis nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento Viejo no pasaron callando por una extrañeza tan nueva, y señaladamente tocando á personas tan importantes. Porque ciertamente en muchas partes la dicen con palabras para la fe muy claras, aunque algo oscuras para los corazones á quien la infidelidad ciega, conforme á como se dicen otras muchas cosas de las que pertenecen á Cristo, que, como san Pablo dice (a), es misterio escondido; el cual quiso Dios decirle y esconderle por justísimos fines, y uno dellos fué, para castigar así con la ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias á aquel pueblo ingrato por sus enormes pecados.

«Pues viniendo á lo que pedis, clarísimo testimonio es, á mi juicio, para aqueste propósito aquello de Esaías, que poco antes decíamos:—Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nubes al Justo.—Adonde, aunque, como veis, va hablando del nacimiento de Cristo como de una planta que nace en el campo, empero no hace mención ni de arado ni de azada ni de agricultura, sino solamente de cielo y de nubes y de tierra, á los cuales atribuye todo su nacimiento. Y á la verdad, el que cotejare aquestas palabras que aquí dice Esaías con las que acerca de aquesta misma razón dijo á la benditísima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin haber entre ellas más diferencia de que lo que dijo el Arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Esaías lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los profetas. Allí dijo el Ángel (b):—El Espíritu Santo vendrá sobre tí.—Aquí dice Esaías:—Enviareis, cielos, vuestro rocío.—Allí dice que la virtud del alto le hará sombra. Aquí pide que se extiendan las nubes. Allí:—Y lo que nacerá de tí, santo, será llamado Hijo de Dios.—Aquí:—Abrase la tierra y produzga al Salvador.—Y sácanos de toda duda lo que luego añade diciendo:—Y la justicia florecerá juntamente, y yo el Señor le crié.—Porque no dice, y yo el Señor la crié, conviene saber, á la justicia, de quien dijo que había de florecer juntamente; sino, yo le crié, conviene saber, al Salvador, esto es, á Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone; y dice, yo le crié, y atribúyese á sí la creación y nacimiento de esta bienaventurada salud, y préciase de ella como de hecho

(a) Ad Colos., 1, v. 26. (b) Lucae, 1, v. 35.

singular y admirable, y dice:—Yo, yo;—como si dijese:—Yo solo, y no otro conmigo.

»Y también no es poco eficaz, para la prueba desta misma verdad, la manera como habla de Cristo, en el capítulo 4 de su Escritura, aqueste mismo profeta, cuando usando de la misma figura de plantas y frutos y cosas del campo, no señala para su nacimiento otras causas más de á Dios y á la tierra, que es á la Virgen y al Espíritu Santo. Porque, como ya vimos, dice (c):—En aquel día será el Pimpollo de Dios magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra subirá á grandísima altura.—Pero entre otros, para este propósito, hay un lugar singular en el salmo 109, aunque algo oscuro según la letra latina, más según la original manifiesto y muy claro, en tanto grado, que los doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesucristo conocieron de allí, y así lo escribieron, que la Madre del Mesías había de concebir virgen, por virtud de Dios y sin obra de varón. Porque vuelto el lugar que digo á la letra, dice desta manera (d):—En resplandores de santidad del vientre, y del aurora contigo el rocío de tu nacimiento.—En las cuales palabras, y no por una dellas, sino casi por todas, se dice y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este salmo con Cristo el Profeta. Y lo segundo, también es manifiesto que habla en este verso de su concepción y nacimiento, y las palabras *vientre* y *nacimiento*, que según la propiedad original también se puede llamar generación, lo demuestran abiertamente.

«Mas, que Dios solo, sin ministerio de hombre, haya sido el hacedor de aquesta divina y nueva obra en el virginal y purísimo vientre de nuestra Señora, lo primero se ve en aquellas palabras:—En resplandores de santidad.—Que es como decir que había de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores santos del cielo; no con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de santidad y de espíritu. Y demás desto, lo que luego se sigue de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo. Porque es una comparación encubierta, que si la descubrimos sonará así:—En el vientre, conviene á saber, de tu madre, serás engendrado, como en la aurora;—esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con solo el rocío, que entonces desciende del cielo, no con riego ni con sudor humano. Y últimamente, para decirlo del todo, añadió:—Contigo el rocío de tu nacimiento.—Que porque había comparado al aurora el vientre de la madre, y porque en el aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra, prosiguiendo en su semejanza á la virtud de la generación, llámola rocío también.

»Y á la verdad, así es llamada en las divinas letras, en otros muchos lugares, esta virtud vivífica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que después de muerto le reengendrará y resucitó, y con que en la comun resurrección tornará á la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo 26 de Esaías se ve. Pues dice á Cristo David que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió

(c) Esai., 4, v. 2. (d) Psalm. 109, v. 3.

vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel santo vientre alguno que viniese de fuera, sino que él mismo la tuvo de su cosecha y la trujo consigo. Porque cierto es que el Verbo divino, que se hizo hombre en el sagrado vientre de la Santa Virgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre de que se vistió. Y así, para que entendiésemos esto, David dice bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nacimiento. Y aun así como decimos nacimiento en este lugar, podemos también decir niñez, que aunque viene á decir lo mismo que nacimiento, todavía es palabra que señala mas el ser nuevo y corporal, que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y despues mancebo, y despues perfecto varon; porque en el otro nacimiento eterno que tiene de Dios, siempre nació Dios eterno y perfecto, é igual con su Padre.

»Muchas otras cosas pudiera alegar á propósito de aquesta verdad; mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta, baste por todas, y con esta concluyo la que en el capítulo 53 dice de Cristo Esaias (a): —Subirá creciendo como pimpollo delante de Dios, y como raíz ó arbolico nacido en tierra seca.—Porque si va á decir la verdad, para decirlo, como suele hacer el Profeta, con palabras figuradas y oscuras, no pudo decirlo con palabras que fuesen mas claras que estas. Llama á Cristo *arbolico*, y porque le llama así, siguiendo el mismo hilo y figura, á su santísima Madre llama la tierra, conforme á razon, y habiéndola llamado así, para decir que concibió sin varon, no habia una palabra que mejor ni con mas significacion lo dijese, que era decir que fué tierra seca. Pero, si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante.» «Prosiga», respondió Juliano, y Sabino leyó.

§. IV.

Declárase cómo Cristo tiene el nombre de *faces*, ó cara de Dios, y por qué le conviene este nombre.

«Tambien es llamado Cristo *Faces de Dios*, como parece en el salmo 88, que dice:—La misericordia y la verdad precederán tus faces.—Y dícelo, porque con Cristo nació la verdad y la justicia y la misericordia, como lo testifica Esaias, diciendo:—Y la justicia nacerá con él juntamente.—Y tambien el mismo David, cuando en el salmo 84, que es todo del advenimiento de Cristo, dice:—La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va adelante dél y pone en el camino sus pisadas.—Item, dásele á Cristo este mismo nombre en el salmo 94, adonde David, convidando á los hombres para el recibimiento de la buena nueva del Evangelio, les dice:—Ganemos por la mano á su faz en confesion y loor.—Y mas claro en el salmo 79:—Conviértenos, dice, Dios de nuestra salud; muéstranos tus faces, y seremos salvos.—Y asimismo Esaias en el capítulo 64 le da este nombre, diciendo:—Descendiste, y delante de tus faces se derritieron los

(a) Esai., 55, v. 2.

montes.—Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.»

«Demás destos lugares que ha leído Sabino, dijo entonces Marcelo, hay otro muy señalado, que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga dél quiero decir que en el salmo 79, aquellas palabras que se acaban agora de leer (b):—Conviértenos, Dios de nuestra salud,—se repiten en él tres veces, en el principio y en el medio y en el fin del salmo, lo cual no carece de misterio, y á mi parecer se hizo por una de dos razones; de las cuales la una es, para hacernos saber que hasta acabar Dios y perfeccionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces. Una criándole del polvo y llevándole del no ser al ser, que le dió en el paraíso; otra reparándole despues de estragado, haciéndose él para este fin hombre tambien; y la tercera resucitándole despues de muerto, para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual, en el libro del *Génesi*, en la historia de la creacion del hombre se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dice desta manera (c):—Y crió Dios al hombre á su imagen y semejanza, á la imagen de Dios le crió; criólos hembra y varon.—

»Y la segunda razon, y lo que por mas cierto tengo, es, que en el salmo de que hablamos pide el Profeta á Dios en tres lugares que convierta su pueblo á sí y le descubra sus faces, que es á Cristo, como habemos ya dicho; porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente á los del pueblo judaico, para darles luz y salud. Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde le dió ley y les notificó su amor y voluntad, y cercado como vestido de fuego y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le oyó hablar todo el pueblo; y comenzó á humanarse con ellos entonces, como quien tenia determinado de hacerse hombre de ellos y entre ellos despues, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne y conversó con nosotros, y viviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será, cuando en el fin de los siglos tornará á venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aun, si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en apariencias y voces sensibles, otras dos hecho ya verdadero hombre, significó y señaló el mismo Verbo en la zarza, cuando Moisen le pidió señas de quién era, y él, para dárselas, le dijo así (d):—El que seré, seré;—repetiendo esta palabra de tiempo futuro tres veces, y como diciéndoles:—Yo soy el que prometí á vuestros padres venir agora para libraros de Egipto, y nacer despues entre vosotros para redemiros del pecado, y tornar últimamente en la misma forma de hombre para destruir la muerte y perfeccionaros del todo. Soy el que seré vuestra guia en el desierto, y el que será vuestra salud hecho hombre, y el que seré vuestra entera gloria, hecho juez.—»

Aquí Juliano, atravesando, dijo: «No dice el texto *seré*, sino *soy*, de tiempo presente; porque, aunque la palabra original en el sonido sea *seré*, mas en la significacion es *soy*, segun la propiedad de aquella

(b) Psalm. 79, v. 4, 8, 20. (c) Genes., 1, v. 27. (d) Exod., 3, v. 14.

lengua.» «Es verdad, respondió Marcelo, que en aquella lengua las palabras apropiadas al tiempo futuro se ponen algunas veces por el presente; en aquel lugar podemos muy bien entender que se pusieron así, como lo entendieron primero san Jerónimo y los intérpretes griegos. Pero lo que digo agora es, que sin sacar de sus términos á aquellas palabras, sino tomándolas en su primer sonido y significacion, nos declaran el misterio que he dicho. Y es misterio que, para el propósito de lo que entonces Moisés queria saber, convenia mucho que se dijese.

»Porque, yo os pregunto, Juliano, ¿no es cosa cierta que comunicó Dios con Abraham este secreto, que se habia de hacer hombre y nacer de su linaje dél?» «Cosa cierta es, respondió, y así lo testifica él mismo en el Evangelio, diciendo (a):—Abraham deseó ver mi dia, viólo y gozóse.—» «Pues ¿no es cierto tambien, prosiguió Marcelo, que este mismo misterio lo tuvo Dios escondido hasta que lo obró, no solo de los demonios, sino aun de muchos de los ángeles?» «Así se entiende, respondió Juliano, de lo que escribe san Pablo (b).» «Por manera, dijo Marcelo, que era caso secreto aqueste, y cosa que pasaba entre Dios y Abraham y algunos de sus sucesores, conviene á saber, los sucesores principales y las cabezas del linaje, con los cuales, de uno en otro y como de mano en mano, se habia comunicado este hecho y promesa de Dios.» «Así, respondió Juliano, parece.» «Pues siendo así, añadió Marcelo, y siendo tambien manifesto que Moisen, en el lugar de que hablamos, cuando dijo á Dios (c):—Yo, Señor, iré, como me lo mandas, á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me envia á vosotros; mas si me preguntaren cómo se llama ese Dios, ¿qué les responderé?—Así que, siendo manifesto que Moisen, por estas palabras que he referido, pidió á Dios alguna seña cierta de sí, por la cual, así el mismo Moisen como los principales del pueblo de Israel, á quien habia de ir con aquella embajada, quedasen saneados que era su verdadero Dios el que le habia aparecido y le enviaba, y no algun otro espíritu falso y engañoso.

»Por manera que pidiendo Moisen á Dios una seña como esta, y dándosela Dios en aquellas palabras, diciéndoles:—Diles: El que seré, seré, me envia á vosotros;—la razon misma nos obliga á entender que lo que Dios dice por estas palabras era cosa secreta y encubierta en cualquier otro espíritu y seña, que solo Dios y aquellos á quien se habia de decir la sabian; y que era como la tesera militar, ó lo que en la guerra decimos dar nombre, que está secreto entre solos el capitan y los soldados que hacen cuerpo de guarda. Y por la misma razon se concluye que lo que dijo Dios á Moisen en estas palabras es el misterio que he dicho, porque este solo misterio era el que sabian solamente Dios y Abraham y sus sucesores, y el que solamente entre ellos estaba secreto.

»Que lo demás que entienden algunos haber significado y declarado Dios de sí á Moisen en este lugar, que es su perfeccion infinita, y ser él el mismo ser por esencia, notorio era, no solamente á los ángeles, pero tambien á los demonios, y aun á los hombres sábios

(a) Joan., 8, v. 56. (b) Colos., 1, v. 26. (c) Exod., 3, v. 15, E. XVI-11,

y doctos es manifesto que Dios es ser por esencia y que es ser infinito, porque es cosa que con la luz natural se conoce. Y así, cualquier otro espíritu que quisiera engañar á Moisen y vendersele por su Dios verdadero, lo pudiera, mintiendo, decir de sí mismo; y no tuviera Moisen, con oír esta seña, ni para salir de duda bastante razon, ni cierta señal para sacar della á los principes de su pueblo, á quien iba.

»Mas el lugar que dije al principio, del cual el papel se olvidó, es lo que en el capítulo 6 del libro de los *Números* mandó Dios al sacerdote que dijese sobre el pueblo cuando le bendijese, que es esto (d):—Descubra Dios sus faces á tí y haya piedad de tí. Vuelva Dios sus faces á tí y déte paz.—Porque no podemos dudar sino que Cristo y su nacimiento entre nosotros son estas faces que el sacerdote pedia en este lugar á Dios que descubriese á su pueblo, como Teodoro y como san Cirilo lo afirman, doctores santos y antiguos. Y demás de su testimonio, que es de grande autoridad, se convence lo mismo de que en el salmo 66, en el cual, segun todos lo confiesan, David pide á Dios que envic al mundo á Jesucristo, comienza el Profeta con las palabras de aquesta bendicion y casi la señala con el dedo y la declara, y no le falta sino decir á Dios claramente:—La bendicion que por orden tuya echa sobre el pueblo el sacerdote, eso, Señor, es lo que te suplico, y te pido que nos descubras ya á tu Hijo y Salvador nuestro, conforme á como la voz pública de tu pueblo lo pide.—Porque dice desta manera (e):—Dios haya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra sobre nosotros sus faces y haya piedad de nosotros.—

»Y en el libro del *Eclesiástico*, despues de haber el Sábio pedido á Dios con muchas y muy ardientes palabras la salud de su pueblo, y el quebrantamiento de la soberbia y pecado, y la libertad de los humildes oprimidos, y el allegamiento de los buenos esparcidos, y su venganza y honra, y su deseado juicio, con la manifestacion de su ensalzamiento sobre todas las naciones del mundo, que es puntualmente pedirle á Dios la primera y la segunda venida de Cristo, concluye al fin y dice (f):—Conforme á la bendicion de Aaron, así, Señor, haz con tu pueblo, y enderézanos por el camino de tu justicia.—Y sabida cosa es, que el camino de la justicia de Dios es Jesucristo, así como él mismo dice (g):—Yo soy el camino y la verdad y la vida.—Y pues san Pablo dice, escribiendo á los de Efeso (h):—Bendito sea el Padre y Dios de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendicion espiritual y sobre celestial en Jesucristo;—viene maravillosamente muy bien que en la bendicion que se daba al pueblo antes que Cristo viniese, no se demandase ni desease de Dios otra cosa sino á solo Cristo, fuente y origen de la feliz bendicion; y viene muy bien que consueña y se respondan así estas dos Escrituras, nueva y antigua. Así que, las faces de Dios que se piden en aqueste lugar son Cristo sin duda.

»Y concierto con esto ver que se piden dos veces, para mostrar que son dos sus venidas. En lo cual es digno de considerar lo justo y lo propio de las palabras

(d) Num., 6, v. 25, 26. (e) Psalm. 66, v. 1. (f) Eccles., 56, v. 49. (g) Joan., 14, v. 6. (h) Ephes., 1, v. 3.